

CULTURA

RENATA ADLER Escritora y periodista

“Si atacas a los intelectuales, te atacarán y nunca olvidarán”

CARLES GELI, Barcelona

Ahí sigue la larga trenza (ahora más pajiza que rubia) y el cuerpo enjuto enfundado en unos tejanos, deportivas rojas y una blusa púrpura que cubre un estoico jersey negro. Se da un aire al modo en el que la inmortalizó Richard Avedon en 1978 en una foto que aún hoy es la que ruega que usen los medios. La escritora y periodista norteamericana Renata Adler (Milán, 1938) se mantiene en la vanguardia rompedora y contestataria que la llevó al ostracismo durante más de una década. Al final, calidad, honestidad y cordura se han impuesto. Así, desde 2013 se ha reeditado su obra en EE UU. En España llega por vez primera *Lancha rápida* (1976) y *Oscuridad total* (1983); ambas editadas en Sexto Piso. Novelas-bomba de fragmentación que conviene leer con el lápiz en la mano, pues convierten los temblores de la vida cotidiana en alfileres. Lo contó todo ayer en el CCCB de Barcelona, en el festival Primera Persona, y hará lo propio hoy en Madrid en La Casa Encendida.

Pregunta. La periodista que aparece en *Lancha rápida* se lamenta de que a uno la vida le deje apenas unos rescoldos de la infancia y de sus estudios. ¿Cuáles le quedan de ir a clase con Josep Ferrater Mora y Claude Lévi-Strauss?

Respuesta. Ferrater Mora me dejó el cuestionamiento intelectual... Me inculcaron una noción de qué es original, qué es lo que vale la pena decir y qué no.

P. ¿Por qué cree que ha sido marginada desde los noventa?

R. Fui muy crítica con la oligarquía cultural y periodística de EE UU. El periodismo norteamericano

no se fue al traste con el caso *Watergate*, porque no fue como se contó y la comunidad intelectual es tan vanidosa como cualquier otra y si vas contra su orgullo te atacarán. Tienen armas para ello y nunca olvidarán el ataque. Por eso me aplicaron un ostracismo feroz.

P. En 1999 escribió *Difunto: los últimos días de The New Yorker*. ¿Cuál fue, o es, el pecado de la revista donde trabajó?

R. Mi pecado fue, en parte, matar al padre. En *The New Yorker* quienes alcanzan cierta genialidad o excelencia no quieren herederos, quieren que la empresa muera con ellos. Algunos de los que nombraban como sucesores no eran las personas correctas.

P. En pocas cabeceras se puede hacer el periodismo en profundidad que hacen ellos.

R. Cierro, pero... Mire, con el último reportaje de Gay Talese, ese sobre el personaje que tenía un motel para espiar las relaciones sexuales de sus huéspedes, la revista ha alcanzado otro hito discutible. Talese confía en ese hombre que es su fuente al que pagó muchos años y, la verdad, un periodismo pagado me crea dudas... No sé, es una historia bastante asquerosa. Los estándares del *The New Yorker* son hoy mucho más bajos y sus momentos álgidos, menos frecuentes.

P. ¿Tiene usted un punto quijotesco, de francotiradora?

R. No, no. La pregunta correcta que me debería formular es si soy capaz de callar ante según qué cosas... No, fue casi por casualidad. Yo cubrí unos juicios contra *Time* y la CBS y los medios lo habían hecho mal. Se enfurecieron porque lo denuncié y empezaron



Renata Adler, en 2013 en Nueva York. / CHRISTOPHER ANDERSON (MAGNUM PHOTOS)

‘Lancha rápida’ y ‘Oscuridad total’ se publican en España por primera vez

“El sentimiento se ha mercantilizado: los estremecimientos, hoy, no son reales”

a atacarme. Me sentí aislada... Me retrotrajo a la soledad del niño. Me afectó, pero no pude quedarme callada.

P. “La cordura es la opción moral más profunda de nuestro tiempo”, dice su periodista de *Lancha rápida*. ¿Aún es válido?

R. Aún es mi postura, pero admito que ya es absurda. ¿Dónde encuentras hoy cordura?

P. Su compatriota Chris Hedger dice que la deserción que la clase liberal ha hecho de sus ideas ha acabado matándola y, de rebote, a la clase media.

R. Es una idea fascinante. Pero creo que la clave es más sencilla: en EE UU, una de las grandes cau-

sas de todo es el brutal nivel de corrupción. Siempre ha habido corrupción, con los grandes barones del robo de la etapa del ferrocarril, por ejemplo. Pero al final había producto, jugaban un papel en la historia. Pero estos de hoy, este 1% de la población que roba así, no tienen precedentes, nunca nadie robó tanto y con apoyo de la legislación.

P. ¿Es escritora o activista?

R. Mucho más escritora. Es evidente que algunos temas colectivos me enloquecen, pero soy muy moderada. El péndulo social se ha ido tan a la derecha que al quedarme donde estaba parece que yo sea de extrema izquierda.

P. Es sorprendente que escribiera ya en los setenta con ese estilo tan fragmentario y moderno.

R. Yo narro una historia, quiero ir en cierta dirección, una historia que empieza en a, para seguir por b, c... Pues bien, luego me encuentro suprimiendo los conectores de la historia...

P. ¿Alguna influencia?

R. No lo he visto antes. Quizá esos breves fragmentos de Kafka...

P. Llama la atención que las angustias de sus personajes sean las mismas que las de principios del siglo XXI. ¿Ahí reside su *revival*?

R. No sé. El problema con el que me enfrenté en *Lancha rápida* y *Oscuridad total* aún hoy me persigue: con el estilo moderno nunca puedes capturar el sentimiento real. No puedes llorar cuando lees a Proust, a Kafka o a Joyce; puedes llorar con Dickens, pero no con ellos porque son un callejón sin salida. Según dónde van la novela y sus personajes es difícil que les ames o te disgusten. Yo siempre intenté acercarme al máximo al sentimiento real.

P. Usted criticaba en los setenta ese bloque sentimental y hoy hay un exceso brutal de ello.

R. Se ha dado la vuelta a la tortilla. El sentimiento que vemos hoy no es el del lector, son todos muy impostados. Es curioso; lo que marca la diferencia entre una buena obra y la que no lo es, radica en confesar tus verdaderos sentimientos. Los de hoy son sentimientos totalmente falsos. Todo se ha mercantilizado: puede funcionar igualmente, puedes llorar y conmoverte, pero esos estremecimientos, hoy, no son reales.

ANALES CERVANTINOS

Talante cervantino



FRANCISCO RICO

He besado la mano a su santidad el Papa en la ocasión, hace unos días, de presentarle el gran *Quijote* del Instituto Cervantes incorporado ahora a la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. El santo padre es un devoto lector de la obra y más de una vez ha confesado con palabras del propio Cervantes que comparte el juicio universalmente positivo que ha merecido a lo largo de cuatro siglos: “Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran” (II, 3). Creo que un dictamen muy similar podría aplicársele a él: no parece que haya hoy figura con

proyección global que concite tanta simpatía y aprobación (salvo acaso en la curia romana). Creo, además, que esa valoración favorable tiene que ver con el rasgo más cervantino de su personalidad.

En efecto, si en algo está la quintaesencia del *Quijote* es en la tenacidad con que el narrador persevera en recoger la contrapuesta perspectiva desde la que cada uno de los personajes enfrenta una realidad y a menudo en buscar conciliarlas todas con un “justo medio” más o menos baciyélmico. Pues bien, leo *Amoris lactitia*, es decir, la alegría del amor; la exhortación pastoral que el Papa me ha regalado, y a cada paso me encuentro con que sin renunciar a la doctrina propia Francisco

invita a comprender, respetar y convivir con los comportamientos y actitudes que la Iglesia tradicionalmente se limitaba a condenar sin paliativos: baste mencionar la homosexualidad y el divorcio entre católicos. Es una mirada en extremo afín a la que Cervantes dirige a sus criaturas.

Una hora después de la audiencia papal he quedado a almorzar con Alberto Asor Rosa, durante años sumo pontífice de la crítica militante en los confines de la izquierda, ahora también narrador excelente y siempre cráneo privilegiado. Sobre la mesa del rincón de lectura tiene el *Quijote* del Instituto Cervantes y el mio de Alfaguara sembrados de *post-its*. Pero no hablamos del *Quijote*, sino del cervantín-

mo del santo padre. Asor Rosa ha comentado elogiosamente en *La Repubblica* un escrito de Bergoglio de 1985 sobre el tema “Evangelización de la cultura e inculcación del Evangelio”, 30 años más tarde revisado con el título de “Fe cristiana y humanismo”. Subraya ahí Asor Rosa la novedad con que el Papa ofrece su idea de las relaciones entre la fe cristiana y el mundo insistiendo en la mediación y la reciprocidad entre ambas partes y en la necesidad de superar los posibles conflictos pero sin eludírselos.

Concordamos los dos en que es esa una postura muy propia de un jesuita y a la vez arquetípicamente cervantina, y no ya del novelista, sino asimismo del individuo Miguel de Cervantes. Los dos, también, celebramos el premio Carlomagno que su Santidad recibe hoy por la “compasión, tolerancia, solidaridad e integridad” que ha exhibido a lo largo del pontificado.

La ilustración es obra de Eduardo Arroyo.